

# El lugar imposible

EL 12 DE MARZO DE 1986, JESÚS ESCRIBÍA EN UNA CARTA: «...no me quiero poner dramático, pero ocurre que hace seis meses mi mejor amigo tuvo la pésima ocurrencia de morirse. Era un poeta, un mujeriego, un humanista y, bueno, me dejó bastante solo. A cada rato me sorprende hablando con él, pero el muy jodedor no responde...». El jodedor, entonces, era Wichi Noguerras... y el jodedor, ahora, es Jesús Díaz.

Yo tampoco quisiera ponerme dramático, pero es muy posible que estas líneas reconozcan como último sentido la necesidad de que la letra escrita me convenza de que yo tampoco habré de obtener respuesta, y desvanecer así la pueril ilusión de que en cualquier momento irrumpirá su réplica entusiasta, o humorística, o aguda, o cálida, o indignada, o sarcástica, o inquisitiva, o feroz, o melancólica.

En enero de 1986, en la cafetería del hotel Nueva Granada de Bogotá iniciamos con Jesús un diálogo vehemente, caudaloso y hasta caótico.

Por cierto que sería imposible determinar las razones por las cuales se estableciera entre nosotros, casi de inmediato, una intensa corriente de fraternidad y confianza. Pero algo debe haber influido el hecho de que ambos nos encontráramos desmontando —amarga y dolorosamente— el imaginario político que, cual segunda columna vertebral, nos había sostenido desde la adolescencia, organizándonos el mundo y dotándolo de sentido.

El diálogo continuó sin interrupciones —cara a cara, por teléfono o por correo— en La Habana, Buenos Aires, Berlín, Las Palmas, Umbértide, Galway, Valencia y Madrid. Sería un delito de lesa apología y solemnidad —que Jesús no hubiese tolerado— si sostuviera que ese diálogo transcurrió sin sobresaltos ni enfrentamientos. Es casi un lugar común afirmar que Jesús no era un interlocutor complaciente... y a mí, según parece, no me son ajenas algunas vehemencias.

La omnívora y comprometida curiosidad de Jesús Díaz, su deseo de hurgar en todo asunto que ofreciera la posibilidad siquiera de entrever alguna pista acerca de la experiencia que nos constituye como humanos, nos arreaba de

un asunto a otro vertiginosamente y casi sin establecer jerarquías: los avatares de un amor... y las políticas de Robert Mugabe en Zimbawe; un poema de Wichi Noguerras... y un partido de fútbol; un bolero cantado por Omara Portuondo... y el asesinato de Olof Palme en Suecia; la gradación alcohólica del vodka siberiano ... y la caída del muro de Berlín.

Ese arrebatado ejercicio, que, por lo demás, no se privaba de opiniones contundentes ni de juicios conclusivos, podría haberse calificado de omnipotente... si no fuera porque un sistema de coordenadas atravesaba siempre, explícita o implícitamente, esta caótica diversidad: la literatura... y Cuba.

No está a mi alcance interpretar el profundo discurrir de nuestro querido amigo en ambos campos. Puedo, en cambio, testificar acerca de su lucidez respecto de las tensiones que fatalmente se establecían entre las tiránicas demandas de la literatura, y las no menos tiránicas del compromiso político-cultural, de su esfuerzo por evadir las retóricas establecidas a derecha e izquierda, de su obstinado empeño por impedir que el inevitable escepticismo deviniera en resignación.

Puedo atestiguar, también, acerca de las desgarradoras vísperas de la manifestación pública, sin eufemismos ni auto-complacencias, de su toma de posición ante la situación de Cuba. Al respecto, puedo asimismo aseverar que su énfasis crítico acerca de las catástrofes de los llamados socialismos reales —de las que nunca excluyó a su propia persona— jamás supuso la sumisión al orden dominante como si se tratara de un destino. Aun en los momentos de mayor depresión e incertidumbre, Jesús no dejó de postular la necesidad de un espacio de libertad, autonomía y fraternidad, un horizonte en fuga perpetua que, alguna vez, convinimos en denominar el lugar imposible.